

ROBERTO NAVARRO MONTES

Informe entre las rosas

Informe entre las rosas

Roberto Navarro Montes

Este relato ha obtenido el Primer Premio en el V Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2018, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

Silvia Pardo, célebre autora de *El informe entre las rosas*, hace una nueva y minúscula anotación en su libreta de bolsillo, maldice por lo bajo, mira a su alrededor con la esperanza de encontrar al desalmado que ha marcado su punto de lectura doblando las esquinas de su novela, murmura palabras malsonantes que solo escucha un anciano lector de prensa sentado cerca, niega con la cabeza, suspira, aprieta los puños y se dirige, con su novela en ristre, al mostrador de préstamo. Algo en su interior le dice que se detenga, recapacite y lo deje estar. Es una voz que hace años sabía escuchar, pero que ya no. Ahora no le hace ni puto caso. ¿Por qué no? Pues porque no quiere. Porque no tiene que hacerlo. Porque no le apetece. Hablando como ella habla y utilizando las palabras que su bendito padre le enseñó de niña, no atiende a esa voz tan orgullosa de su asertividad y reflexividad porque no le sale de sus santos cojones.

Silvia Pardo se planta frente al mostrador de préstamo, reclama la atención del muchacho que aguarda al otro lado y lanza su célebre novela *El informe entre las rosas* sobre el teclado del ordenador de mesa. El muchacho da un brinco entre asustado y sorprendido, se enfurece ante tamaño despropósito y, al levantar la mirada para enfrentarse al responsable de aquella fechoría, sus hombros se hunden, sus ojos se cierran y un suspiro de desesperación y fatiga envuelve su ánimo.

—¿Qué quiere ahora? —pregunta.

—¡Una explicación, por supuesto! —responde Silvia señalando con cada movimiento de su cuerpo y modulación de su voz la obviedad de tal pregunta.

—A mí también me encantaría tenerla —dice el muchacho entre dientes.

—¿Cómo dice? —pregunta con tono estridente.

Se elevan protestas en el resto de la biblioteca, invitando a Silvia a que baje el volumen. Al escuchar lo que ella interpreta como una completa falta de respeto, gira el cuerpo, busca con su mirada la procedencia de aquel desaire y señala con un dedo enhiesto al responsable.

—¡Cállate tú, mocososo!

—¡Señora Pardo, por favor, le pido que no grite! —le reprende el bibliotecario entre susurros—. Si vuelve a hacerlo, tendré que pedirle que se marche.

Hace unos meses esa amenaza habría obtenido una respuesta a la altura de las circunstancias y ese bibliotecario imbécil hubiera tenido la ocasión de conocer de primera mano todas las imaginativas formas de insultar que Silvia Pardo conocía, así como las que era capaz de improvisar. Pero eso ya ocurrió y el resultado final disgustó demasiado a Silvia. Aún era incapaz de decantarse por los sucesos que más le habían desagradado derivados de aquel día. La inflexibilidad de los agentes de la policía mientras la arrastraban hasta el coche patrulla había sido malo, la noche en el calabozo peor, los periodistas en busca y captura de una denigrante foto que acompañara a un más denigrante titular tampoco le había gustado y, por si fuera poco, aún quedaba pendiente la visita a los juzgados. Con todo ello en mente logra morderse la lengua y no soltar ninguno de los exabruptos que pueblan su mente.

—¿Y bien? ¿Va a explicarme qué es eso? —dice señalando el libro una vez ha logrado calmarse.

—¿Se refiere a su novela?

—¡Exacto! ¡Mi novela! —dice triunfante—. ¿Puede explicarme por qué *mi* novela tiene las páginas dobladas?

—Supongo que la persona que la ha leído las doblaría por algún motivo, señora Pardo —responde fatigado.

—¿Y eso le parece bien?

El muchacho niega con la cabeza, pero no en señal de respuesta, sino en una clara representación de la más absoluta incompreensión. La escena se repite cada cierto tiempo y, aunque con pequeñas variaciones en intensidad y topografía, siempre ocurre básicamente lo mismo. Silvia Pardo entra en la biblioteca vestida con unos vaqueros desgastados, una blusa vieja y descolorida y su eterna gabardina color camel. No lleva pulseras, ni anillos, ni colgantes, ni pendientes. Tampoco va maquillada y, por supuesto, su larga melena negra se muestra encrespada y salvaje. Sin perder un solo segundo avanza a la estantería marcada con la letra *P*, fija su mirada en el anaquel donde reposan los ejemplares de *El informe entre las rosas*, saca su raída libreta del bolsillo de su raída gabardina y comienza a hacer anotaciones. A continuación revisa uno a uno los ejemplares disponibles, página a página, mientras realiza anotaciones y más anotaciones en su libreta. Solo se distrae cuando el murmullo del resto de usuarios llega a sus oídos, momento en el cual, sin el menor atisbo de duda o prudencia, manda callar a la sala. Si todo le parece estar en orden, al menos en ese orden que su mente cree adecuado, correcto o soportable, se marcha de la biblioteca sin hacer el menor ruido. Si por el contrario algo en los ejemplares de su novela; las páginas dobladas, manchadas, rotas o, Dios no lo quiera, escritas o subrayadas, capta su atención, se dirige como una leona al mostrador de préstamo e importuna con su interrogatorio y su mala hostia al desafortunado trabajador que allí se encuentre. Esta vez le ha tocado a Marcos y no todo es malo, porque sabe que cuando por fin consiga deshacerse de Silvia, sus compañeros, testigos de los hechos y víctimas anteriores

y futuras, le invitarán a un café y a un bollo de su elección en la cafetería de abajo. *Hoy por ti, mañana por el resto*, es el lema de la biblioteca en lo que se refiere a Silvia Pardo.

—Pienso denunciar a la persona que ha doblado las páginas —dice Silvia tras un rato de discusión con Marcos—. ¿Quién fue la última persona que tuvo este libro?

Marcos suspira.

—Sabe perfectamente que no podemos darle esa información.

—Si denuncio ante un juez, no les quedará más remedio que dármela.

—Si un juez nos reclama la información, se la daremos, por supuesto. Pero usted no es juez, señora Pardo.

—¡Pero podría serlo!

—Supongo que sí, pero no lo es.

A Silvia se la llevan los demonios. Aprieta los párpados tan fuerte como los puños y cuando vuelve a abrir los ojos el gesto altivo de Marcos la obliga a aceptar su derrota, así que alarga el brazo y le arrebató el libro de sus manos en un gesto tan violento que se escucha cómo la portada cruje, el pegamento cede y un par de página se desprenden. Aquello enfurece al bibliotecario.

—¡Tenga cuidado! ¡No ve que lo ha roto!

Silvia observa la página en el suelo, yergue su postura y sin siquiera mirar al bibliotecario y apestando a soberbia, anuncia:

—¡Es *mi* novela y haré con *mi* novela lo que se me antoje! Espero que la repongan pronto con un ejemplar en mejores condiciones. Hay mucha gente que quiere leer mi libro —dice antes de marcharse.

El deje de soberbia le dura hasta que cruza la puerta de la biblioteca, momento en el que se hunde en una profunda tristeza a la que le acompañan algunas lágrimas furtivas. Ni siquiera sabe la razón por la que llora o por la que se siente desbordada por la angustia. Tras unos momentos de lo que ella considera una asquerosa debilidad inaceptable, Silvia se repite quién es, vuelve a erguirse, coge aire, mira a su alrededor con un odio fulminante en sus ojos y avanza. Aún le quedan otras tres bibliotecas por visitar hoy. Es el día a día de Silvia.

Por las mañanas, después de levantarse, ducharse y tomarse un café amargo, Silvia aún escribe. Millones de palabras que llenan miles de páginas en blanco que nunca verán la luz del sol; nunca serán leídas por nadie más que no sea Silvia. *El informe entre las rosas* es su primera y su última novela. Es su obra maestra. La obra perfecta, reconocida así por críticos, lectores, académicos y jurados. Una obra inmejorable según todos aquellos que se atrevieron alguna vez a juzgarla. Quince años después de haber sido publicada, aún cuesta encontrar una biblioteca que no tenga prestado uno o más ejemplares. Silvia no quiere publicar otra cosa que no esté a la altura y, como según todos los entendidos es imposible mejorar lo presente, Silvia no quiere publicar una mierda. Lo que escribe lo escribe para ella y para nadie más. Si no lo hiciera se volvería loca, está segura.

Después de escribir se viste con lo primero que pilla tirado por el suelo de su habitación, se coloca su gabardina, se asegura de llevar su cuaderno y sale a la calle. Su objetivo diario son un mínimo de doce bibliotecas. De esta forma, cada semana puede llegar a ver 60 bibliotecas y cada mes más de 250. Y todo lo registra en su libreta. Cada pequeña incidencia queda registrada.

Antes de acostarse, por la noche, se ducha, repasa sus anotaciones, lee alguna novela, aunque siempre le parecen poco más que basura, y se echa a dormir.

Nunca lo consigue, por supuesto. Cuando está cansada de dar vueltas y más vueltas se levanta de la cama y se pone a limpiar. Limpia el polvo, friega los cacharros, limpia los baños, pasa la aspiradora, discute con los vecinos, miente a la policía, se queja de que son sus vecinos quienes hacen ruido, grita, discute, insulta, se caga en la madre que parió a todos los subnormales con los que tiene que compartir esta mierda de mundo y, después del festival, se siente tan cansada que se acuesta en el sofá y esta vez sí, por fin, se duerme mientras un televisor antiguo le acuna con anuncios de teletienda sonando a todo volumen.

Es primavera y hay algo que le impide ser feliz. No, va mucho más allá de eso. Le quita el apetito, el sueño, la alegría e, incluso, las ganas de vivir. Por quitarle, hasta le quita la mala hostia. No tiene ni fuerzas para discutir. Todo el día se lo pasa dándole vueltas a lo mismo. Hay un retraso en una de las bibliotecas con uno de sus ejemplares. Puede comprender un retraso de un día, incluso de un día y medio, pero este libro cuenta con un retraso, según las anotaciones de su libreta, de más de una semana. ¡Una maldita semana! ¡Siete putos días con sus siete correspondientes putas noches! Silvia Pardo no deja de pensar qué cojones le pasa a la gente y decide que va a averiguarlo, le cueste lo que le cueste. Se presenta en la dichosa biblioteca y obviando su rutina se dirige directamente al mostrador de préstamo. Conoce a la mujer que hay allí y no le cae nada bien. Le resulta una persona de lo más desagradable y piensa que, quizá, sería mejor volver en otro momento. Después de reflexionar unos segundos decide que no. Que no se va a ir. No puede irse y no va a hacerlo. ¿Por qué? Porque no le sale de sus santos cojones. Punto.

—¿Lo ha devuelto ya ese impresentable? —escupe sobre la bibliotecaria.

—Otra vez por aquí, ¿eh? —responde la mujer—. Este mes nos está deleitando usted con su presencia más de lo habitual.

A Silvia no le gusta el tono de aquella mujer y, quizá en otras circunstancias, hubiera sido capaz de dejarlo pasar, pero no ese día, menos aún con el crimen que se está cometiendo y que atenta directamente contra su dignidad como escritora, como mujer y como persona.

—¡Escúchame, foca! —dice fuera de sí—. Tengo muchas cosas que disponer y muy poco tiempo para hacerlo, así que déjate de hostias y dime lo que necesito saber.

La bibliotecaria, veterana ya de decenas y decenas de batallas infructuosas, obvia el insulto, el tono, la mala educación, la falta de respeto e, incluso, la locura de la mujer que tiene delante y actúa como les enseñaron en el curso para tratar con la célebre y candidata al Nobel de literatura Silvia Pardo de hace un par de años.

—El libro aún no ha sido devuelto, señora Pardo.

—¡Es inaceptable! —dice—. ¿Quién es el ladrón?

—No es ningún ladrón, señora.

—¡Exijo saber quién ha robado mi libro!

—No puedo darle esa información señora.

Silvia estalla, una vez más. Se agarra varios mechones de pelo y tira de él con fuerza mientras hace un tremendo esfuerzo por no gritar.

—¿Por qué todos me dicen eso?

—Es la ley de protección de datos, Silvia.

Algo en la mente de Silvia salta como un resorte impulsado con toneladas de dinamita. Ahora sí grita.

—¡Silvia! ¡Me has llamado Silvia! ¿Cómo te atreves a tutearme, foca? ¡Exijo una disculpa! ¡Ahora mismo!

Un fornido bibliotecario al que no conoce de nada intenta expulsarla de la biblioteca y ella acepta irse cuando ve que la bibliotecaria a la que ha insultado levanta el teléfono para llamar a la policía. Mientras se aleja del edificio se jura a sí misma que eso no quedará así y esa misma noche cumple su promesa cuando, piedra en mano, rompe uno de los cristales de la planta baja, se cuelga dentro, se dirige al mostrador de préstamo y enciende el ordenador. Le pide una contraseña antes de poder iniciar sesión y Silvia prueba con las que ha leído que son las más típicas: “0000”, “contraseña”, “biblioteca”, “foca” y entonces ve aparecer las inconfundibles luces azules de la policía en la calle. Está a punto de renunciar y escapar cuando se le ocurre otra contraseña: “Silvia”. La sesión se inicia al tiempo que una pareja de agentes irrumpe en el edificio, informa de su presencia y advierte a los posibles ladrones que no hagan ninguna tontería. Silvia rebuzna ante aquella advertencia, pero se apresura en obtener la información que está buscando. Dos segundos antes de que la linterna la enfoque consigue el nombre del retrasado que se ha retrasado en la devolución de su libro. Dedicar un segundo a memorizar nombre y dirección con los ojos cerrados y echa a correr. Consigue avanzar cinco metros antes de chocar de bruces contra el policía e ir directa al suelo. Grita, chilla, patalea y es esposada, conducida al coche patrulla y llevada a comisaría. Pasa la noche en el calabozo y a la mañana siguiente se encuentra con la cara conocida de un juez que no

parece sorprendido de verla. También se encuentra con su abogado, un picapleitos bajito y rechoncho al que paga una fortuna cada vez que tiene que ir a verla. Consiguen establecer una fianza, ordena el pago y sale a la calle. No se despide de su abogado. Sin siquiera pararse a desayunar se dirige a la dirección que ha memorizado.

La calle pertenece a un barrio obrero de la ciudad y el edificio en el que se adentra tiene aspecto de antiguo y cochambroso. Nada de esto le resulta extraño o inusual. Sube por las escaleras hasta el segundo piso, se planta frente a la puerta y la golpea de forma insistente con los nudillos. Del interior le llegan los ladridos de un asqueroso animal y más tarde escucha las palabras de su dueño, primero mandando callar al animal y a continuación instándola a dejar de golpear la puerta. Le abre un hombre de más o menos su misma edad, de pelo cano y despeinado, ojos grises y prominente e hirsuta barba, vestido con un pijama y con cara de sueño.

—¿Quién es usted? —pregunta el hombre mirando a Silvia de arriba abajo.

—¿Iñaki Usandizaga Estigarribia?

—Soy yo —responde Iñaki—¿Qué pasa?

—Pasa que me has robado un libro y quiero que me lo devuelvas ahora mismo. Iñaki se rasca la barba, tuerce el gesto y se encoge de hombros.

—No tengo ni puta idea de quién es usted, señora. Dudo mucho que le haya robado una mierda. Ahora si me disculpa...

Iñaki está a punto de cerrar la puerta, pero Silvia mete la mitad de su pierna y se lo impide.

—Soy Silvia Pardo. Tienes un ejemplar de mi novela. Estoy segura. ¡Y quiero que me lo devuelvas!

—¿Silvia Pardo? ¿La escritora?

—¡Así es!

—¡Cagüendios! ¡Qué suerte la mía!

—¿Qué suerte?

—Pase adentro, anda, que quiero decirle un par de cosas sobre su novela.

Iñaki se da la vuelta y desaparece por el pasillo. Silvia, tras unos segundos de duda, le sigue airada, hasta que desemboca en una pequeña sala donde lo primero que ve, descansando sobre la mesa de centro, es su novela. La señala triunfante y sonrío.

—¡Culpable! —sentencia.

—Culpable de perder mi tiempo en haber leído esa mierda, sí.

—¿Cómo...? ¿Qué...? ¿¡Cómo se atreve!?

—¿Cómo me atrevo, de qué?

—¡Oh, señor! ¡No es más que un paleta! ¡Un analfabeto de mierda!

Al oír aquellos insultos, Iñaki también se calienta, casi tanto como Silvia y a los gritos de la pareja se le suman los ladridos de un perro sin raza que se asemeja demasiado a su dueño.

—¡Y usted es una escritorucha de tres al cuarto que no sabe si quiera conjugar los verbos!

Silvia aprieta los puños ante tal acusación y aprieta las mandíbulas.

—¡Fue un error de imprenta! —dice con voz chillona—. ¿Y quién mierdas eres tú para acusarme a mí de no saber escribir? ¡Yo soy Silvia Pardo!

—¡Una prostituta de las palabras, eso es lo que es, *mecagüendios!*

El perro sigue ladrando, cada vez más fuerte, en dirección a su dueño. Solo se detiene cuando recibe el puntapié de Silvia.

—¡Haga que el chucho se calle!

Y esa es la última cosa que puede gritarle a Ñaki, porque, en ese instante, el hombre se lleva la mano al pecho, cierra los ojos, se le cripa el rostro y cae fulminado al suelo.

Silvia no sabe qué hacer. Lo único que es capaz de pensar es en la mala suerte que tiene y en que todo le tiene que salir mal. Es el perro el que consigue escarbar entre la ropa del hombre y apretar un botón del aparato que lleva colgado del cuello. Silvia, al verlo, se siente más estúpida e inválida que un estúpido perro sin raza, así que, totalmente desbordada por la situación, se sienta en el suelo y se echa a llorar. Tan desprotegida se siente que al cabo de un rato incluso permite que el perro se tumbe sobre sus piernas y, ¡oh milagro! Termina acariciándolo.

Los sanitarios tardan en llegar algo menos de diez minutos y lo primero que escuchan cuando atraviesan la puerta es una acusación sobre lo mucho que han tardado. No es la última que escucharán antes de marcharse.

—Aquí hay un hombre muriéndose y ustedes tardan una puta eternidad en llegar. ¿Qué estaban haciendo? ¿Tomándose un café? ¿Son funcionarios, verdad?

¡Eso es lo que hacen! ¡Toman café mientras la gente se muere! ¡Si lo sabré yo!

—¿Y usted quién es? —pregunta uno de los sanitarios.

—Soy Silvia Pardo.

—¿Es su mujer?

—¿Qué? ¿Su mujer? ¿De este desgraciado? Ni se me ocurriría, ¡vamos!

¡Qué idea más estúpida!

—Bueno, nos lo llevamos al San Vicente. Puede ir a visitarlo allí —dice el sanitario mientras sus compañeros desaparecen con el enfermo escaleras abajo.

El perro ladra.

—¡Espere, espere, espere! —protesta Silvia. No sabe muy bien sobre qué quiere protestar, pero está convencida de que existe algo por lo que quiere protestar. Como no consigue dar con ello y el sanitario ya se marcha, dice lo primero que se le pasa por la mente —¿Qué pasa con el chucho este?

—Tendrá que hacerse cargo de él, señora —le grita el sanitario.

—¿Hacerme cargo de...? ¡Eso es una estupidez! ¡Yo no puedo....!

—Nosotros no podemos llevárnoslo, ¿comprende?

—¡Yo tampoco! ¿Lo comprende usted, maldito desgraciado?

—¡Pues llévelo a la perrera! ¡Me importa una mierda!

—¡Cabrón! —masculla Silvia masticando cada letra.

Silvia termina por llevarse al chucho a casa. En un comienzo está convencida de que ese chucho terminará en la perrera, pero después de cotillear el piso del retrasado al que le ha dado un colapso frente a ella,

encontrar una estantería con novelas firmadas por un tal Iñaki Usandizaga y de sustraer dos de ellas, decide que robar a un moribundo y condenar a su mascota a una muerte casi segura, porque nadie en su sano juicio adoptaría un perro tan feo, es demasiado cruel incluso para Silvia Pardo.

Sin embargo, Silvia no tiene la menor idea de las repercusiones que ese chucho va a provocar en su día a día. Sabe desde el principio que tendrá que comprarle comida de perro y sacarle a pasear varias veces al día, pero eso le da igual. Cuando era una niña su padre tenía un perro de caza y a ella le encantaba hacerse cargo de él. Lo que no sabe es todo lo demás.

Chucho, así ha decidido llamarle a falta de un nombre mejor, tiene necesidades de todo tipo y sabe hacerse entender mucho mejor que muchas personas. A Chucho le gusta escuchar el sonido del golpeteo de las teclas y se le nota feliz cuando ve a Silvia escribiendo. Pero no le basta con eso. Después de escribir, Silvia tiene que leerle en voz alta todo aquello que ha escrito o el maldito perro se pone histérico y no deja de ladrar. Además, el muy cabrón parece saber perfectamente cuándo Silvia le lee textos diferentes a los que acaba de escribir porque, cuando lo hace, en un intento de engañarle y sentirse más inteligente que el animal, Chucho lo descubre y ladra. Así pues, de un día para otro, todo aquello que Silvia escribía y que nadie conocía, se hace público, al menos para un perro que, con sus gestos, parece aprobar o criticar lo que Silvia ha escrito.

Aprovecha sus viajes a las bibliotecas para sacar a Chucho a pasear, ya que no le queda otro remedio, pero ya no puede dedicar tanto tiempo en cada una de ellas a revisar minuciosamente sus novelas, dado que el perro se pone frenético si tarda más de la cuenta en volver a salir del edificio.

Desde luego tampoco puede discutir con los bibliotecarios, dado que si volvieran a llevarla al calabozo no sabe qué harían con Chucho. Una semana después de tener al perro, abandona sus viajes a las bibliotecas y dos semanas después se hace consciente del peso que se ha quitado de encima. Es el momento en el que se da cuenta de que el ejemplar retrasado de *El informe entre las rosas* continúa en la casa de Iñaki Usandizaga Estigarribia y, lejos de molestarle, le parece que es un buen lugar en el que reposar hasta que su dueño regrese. Ese mismo día coge una de las dos novelas que le ha robado a Iñaki, la devora en tres días y después coge la siguiente y hace lo mismo. Están muy bien escritas. Son muy buenos libros. Hacía años que no leía libros tan buenos, en realidad.

Un impulso le indica que vaya al hospital a ver al enfermo y se lo haga saber y Silvia obedece al impulso. ¿Por qué? Porque le sale de los santos cojones. Tras una breve e incómoda charla introductoria, Iñaki y Silvia se lanzan a charlar como si no hubiera un mañana y hablan de las novelas de Iñaki, de Chucho, que en realidad se llama Ramón, de la afección cardíaca del enfermo, de su carrera como escritor, de la mala hostia, de las discusiones, de la vejez y de la soledad. Hablan hasta que se esconde el sol y siguen hablando hasta que vuelve a salir. Luego Silvia se marcha, no porque quiera irse, sino porque debe sacar a pasear a Ramón.

Cuatro días después, por la mañana, antes de que Silvia haya tenido tiempo de peinarse, escucha que golpean con insistencia su puerta. Al abrir se encuentra con Iñaki esperándola.

—¡*Mecagüendios!* —dice al verla—. Silvia Pardo, ¿verdad?

—¿Ya te han dejado salir, viejo?

—Vengo a por Ramón —responde Iñaki—. Y a darte esto —le dice
tendiéndole su ejemplar de *El informe entre las rosas*—. Resulta que no es
tan malo como creía. ¿Pero el Nobel? ¡Venga ya!

Silvia se muerde el labio y sonríe, al mismo tiempo que Ramón, desde el
interior del piso, ladra.

—¿Quieres un café? —pregunta.

—Sin cafeína, mujer. No querrás volver a matarme, ¿no?